

canismo, precisamente porque no lo entenderían en los siglos de los siglos, antojábaseles cosa del otro mundo que por remate habría de dar á cada uno honra y provecho. El cura don Práxedes, en las raras misas que le caían en tanto lo nombraban párroco de alguna aldea rural y cercana á la metrópoli,—promesa de personajes prominentes de la colonia,—antes del “*Ite...*” encomendaba la destructora maravilla. Y un domingo, por unanimidad, se bautizó el trebejo, de más valía que el “Peral”, con castañas y sidra compradas á escote. Pusieronle “Aragonés”, en obsequio á la patrona y por indicaciones de Sordo. Los cuarenta años sonados hacía cinco de doña Nicasia, esbozaron una “jota”; don Práxedes bendijo el traste y Gallegos cantó él solo, el dúo de “La Verbena”:

—“Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad...”

Los huéspedes de “La Guipuzcoana” concibieron por el invento y por el inventor, respetos de catecúmenos. En la casa hablaban bajo; lo que Ripoll opinaba, por evangelio diputábanlo; y cuando en las noches, muy tarde ya, recogíanse los paseadores, de contemplar el iluminado balcón del ingeniero sonreían á solas, ufanos de habitar, tabique de por medio, con el genio que velaba infundiendo su espíritu en el “Aragonés, monstruo que á todos casi pertenecía, que todos amaban ciegamente desde luego, tal y cómo se hallaba: imperfecto, pequeñín, inconcluso; á reserva de amarle todavía más, después, pronto, cuando se recetara el gran chapuzón en el Golfo de México y nadando mejor que la mejor balle-

na, se entregara á agujerear barcos de madera y á lanzar por los aires los más formidables acorazados del mundo ¡ole ya!...

El reinado de Ripoll, tan cariñosamente inaugurado, duró bastante menos de lo que él necesitaba que durase. Con el arribo de “El Jarameño”, que se entró una mañanita con carta de recomendación; pesos y billetes á porrillo; copia de baúles y valijas, y un mozo de espadas, Bruno, más *flamenco* en decires, andares y hechuras que si en la propia Flandes lo hubiesen parido (—“Soy andalú de Aracena, *carcule* uzté!...” —declaróle á la criada,) se relegó á Ripoll á la indiferencia y el “Aragonés” al olvido. Atávicamente, étnicamente volviéronse en masa al torero; impulsados por secreta fuerza irresistible se desvivieron por mimarlo y agasajarlo, cual si con él hubiera entrado en “La Guipuzcoana” milagrosa bendición, años y años codiciada. Poco tuvo que poner “El Jarameño” de su parte para ganarse unas voluntades que espontáneas y regocijadas á él se adherían. En lo que si tuvo que andar con larguezas fué en el capítulo de *parneses*, pues con perdón de doña Nicasia, su “Guipuzcoana” iba que volaba al abismo y á la bancarrota. “El Jarameño”, de buenas narices, olfateó apuros y les aplicó radical remedio; pagaría pupilaje doble siempre que se le cuidara como á mil, y por pronta providencia, anticipó un bimestre:

—Las cuentas claras, patrona, y el chocolate espeso. Corra Ud. el temporal con este dinerillo y aluego... *pus* lo correrá Ud. con otro.

Doña Nicasia gimoteó; Sordo estrechó enfáti-

camente la diestra del diestro; Gallegos lo aplaudió, hombreándose con él: "Bravo, compañero, así he sido yo toda mi vida!"; el empenero le sopesó los dijes de la cadena, y el resto de huéspedes radicóse en Babia. Ripoll almorzó en la calle y á regañadientes incorporóse á sus coquilinos, cuando á su regreso nadie aún abandonaba los manteles y con muchedumbre de anises y manzanillas digerían platos extraordinarios dentro del reducido comedor.

"El Jarameño" se entronizó; era el cuerno de la abundancia, fuente inagotable de gracejo y la alegría de la casa. Don Práxedes confesó francamente "que era mucho hombre"; el empenero, "que lo adornaban magníficas prendas"; Gallegos nombróse á sí mismo perito catador de sus cigarros y puros; doña Nicasia sólo "hijo" lo llamaba, y todos, á una, adoptaron para tratarlo, el honroso título que le prodigaban Bruno y los banderilleros y picadores de su cuadrilla, sus visitantes perennes: *maestro* denominábanlo y *maestro* denomináronlo la patrona y los huéspedes. Este noble dictado y la coincidencia de que por esos días notificáronle á Ripoll en el ministerio que su submarino no ofrecía las condiciones apetecibles y no se lo compraban á precio ninguno, ni regalado, sumieron al ingeniero en negra melancolía que hubo de disimular en lo profundo por no incurrir en la pena de suspensión de viveres que, regularmente, le infligiría doña Nicasia al percatarse, si se percataba, de que con la resolución ministerial ella perdía su dinero y la esperanza de juntarse con él ni en el Día del Juicio. Debe consignarse, sin

embargo, que honradísimos eran los propósitos de Ripoll: vendería su submarino á particulares, á sus paisanos ricos, á los chinos! y en vendiéndolo, á saldar con su patrona y demás gente ordinaria, porque debía sus picos, unos picos como los de los Pirineos. Con la desazón y las fatigas, tornósele agrio el genio y amarilla la piel. Mal encarado, sentábase á la mesa sin cortejar á "El Jarameño", y, á manera de desesperado, convirtiéndose en blasfemo y de pésimas pulgas; irascible, gruñón, agresivo; soltando palabrotas que á los otros les resultaban geroglíficos y charadas amenazantes. Apenas si Gallegos lograba que hilvanara dos palabras.

—¿Por qué ya no nos cuenta Ud. las cosas tan interesantes que solía?—preguntóle el cómico en cierta ocasión.

—Porque yo sí que me volví anarquista de verdad, no como Ud. que lo es de mentirijillas, y cualquier día cambio mi invento; en lugar de que vuelen buques de guerra, voy á hacer que vuelen ciudades y naciones íntegras! sí, sí, no reirse!... íntegras! con pobladores y con demonios... ¡un jaleo, pero qué jaleo!... que concluya allá, por las nubes!

—Pues no quiere Ud. ná, *gachó*,—terció "El Jarameño" benévolo,—¿qué daño le ha hecho á Ud. tantísimo inocente?

Alzóse de hombros Ripoll y soltó uno de sus incomprensibles terminajos que de sus lecturas y su comercio con eruditos legítimos le restaban:

—Un daño y muy grande,—respondióle al torero.—Ud. todavía cree en los inocentes, á pesar de que la degollina del tal don Herodes acabó

con la especie; yo creo en otras cosas; yo creo, por ejemplo, en que Uds. y yo y todo el mundo somos hijos del *antropopíteco*!!...

Si no les aclara tan pronto que el antropopíteco, (no hubo nadie, ni el cura, que pudiera pronunciar el vocablo á las derechas), era un monstruo primitivo que, según sabios de nota, fué nuestro antepasado, como si dijéramos el tatarabuelo de los humanos, el ingeniero la pasa mal. Los huéspedes cercaron á Ripoll, exigiéndole la traducción al romance de disparate tamaño. Y este monstruo primitivo remató la caída de Ripoll: doña Nicasia le indicó que necesitaba fondos; Sordo le retiró la mirada y el cura el saludo; los demás reíanse de él en sus barbas y la criada le dejaba sin asear el cuarto dos y tres días. Isidoro Gallegos, al contrario, intimó con él y lo visitaba á menudo, tratando de inculcarle su estoicismo para conllevar flaquezas de prójimos y gorduras de la suerte.

Inopinadamente, "El Jarameño" dióse á protegerlo, atraído y deslumbrado por aquel su guirigay pseudo-científico, por su fisonomía barbada y viril, casi hermosa, y por su decidida fortuna pésima. Apaciguó el chubasco, pagó á doña Nicasia un mes de su pupilaje y, monarca absoluto, contra la afirmación de don Práxedes de que el catalán olía á hereje, que apestaba, levantósele el entredicho, se le devolvieron unas miajas de su reputación de antaño:

—Es un tío que sabe!—proclamó "El Jarameño" á guisa de bando de amnistía,—y que ha de haber tirado puñados de años trasteando universidades y gramáticas. Yo lo defiendo porque

me nace defenderlo ¡ea! y una tarde he de brindarle un toro...

No llegó hasta allí la gratitud del defendido que, deponiendo enconos y antipatías, á cada paso se la manifestaba á su benefactor. Pero, que concurriera á los toros ¿él?... ¿él que ni en Barcelona ni en Madrid había concurrido nunca?

—Nó, "Jarameño", nó, Ud. me perdone que no lo complazca, me enfermo en la plaza, sufro; nó, de veras, no me brinde Ud. nada, que ya demasiado que me ha brindado aquí! Odio los toros y á los toreros, permítame que continúe queriéndolo mucho como hombre y como amigo...

Aquella noche nadie extrañó en "La Guipuzcoana" que "El Jarameño" no asistiese á la comida, pues rara noche comía en la casa; malgrado las proezas culinarias de doña Nicasia y la cara de pascuas con que lo recibían sus compañeros de pupilaje. Sí chocó aun á los *museros* enfrascados en el naípe, que á eso de las 10 se apareciera en la salita el mozo de espadas, Bruno.

—*Er* maestro dice que le oiga uzté un momento, patrona!

—¿Viene enfermo?—interrogó doña Nicasia, ansiosamente.

—¡Quiá!—repuso Bruno sonriente,—más *zano* que un cabestro, viene acompañado...

Deshízose el mus; Gallegos retardó su salida y doña Nicasia, sin aguardar á que se le enfriasen los ojos, siguió á Bruno por el corredor hasta el mismísimo cuarto del espada, en el que penetraba á cualquier hora. Los jugadores se agolparon en la mampara de la sala, en mano sus res-

pectivos juegos. En la habitación de Ripoll, aunque iluminada, imperaba silencioso recogimiento. Sin duda el diestro, á par que doña Nicasia empujaba la vidriera dejándola entreabierta, encendió la lámpara de petróleo, porque la estancia, alumbrada de pronto, permitió que las curiosidades en acecho medio se satisficieran:

—¡Caracoles!—murmuró Gallegos, plantado á la mitad del pasillo,—qué hembra se ha recetado el “maestro“!...

—¡Patrona!—decía en el propio instante á doña Nicasia “El Jarameño“ cortando por lo sano,—aquí tiene Ud. á esta dueña de mi alma que se *dizna* vivir conmigo para que yo sin ella no me muera... Y aquí nos va á mandar á todos, á Ud., á mí, á los huéspedes y al globo terráqueo... conque, se concluyó!... si alguien se enfada, á la calle con él, y si se enfadan todos, á todos *soleta*, que yo pago por nosotros y por lo que Ud. pierda y por la madre que me parió... Esta señora se llama Santa, doña Nicasia ¿se hace Ud. cargo? Santa!... Ven tú, gloria! ven á que te conozca la patrona...

Tan cierto es que las mujeres, por su poderosa facultad de fingir no pierden jamás, ni jamás olvidan los gestos, palabras ó actitudes que las favorecen, que Santa recuperó instintivamente sus aires de los buenos tiempos, sus cautivantes aires de sincero candor campesino, y de no más acercarse á la luz del quinqué, de no más saludar y reír á doña Nicasia, se la ganó de un golpe; y si ésta desde luego no dió la bienvenida que su entusiasmo le dictaba (á pesar de adivinar en lontananza, si encubría el lio, creci-

dos beneficios que gran falta le hacían) reconoció por causa, el deseo de no disgustar á Sordo ni incurrir en las iracundias eclesiásticas de don Práxedes. Retornó el saludo y escurrióse sin soltar prenda.

Discreto y rápido se efectuó el concíabulo, encerrados en la habitación de la propietaria, ésta, Sordo y don Práxedes. Que pronto se pusieron de acuerdo los miembros del concíabulo comprobado quedó con que pronto también reaparecieron en familiar grupo.

—¿No le parece á Ud., padre cura, que es lo debido cuando se trata de personas decentes? ¿no le parece á Ud.?—insistía Sordo que llevaba la batuta en el asunto.

Y ante los mudos asentimientos de don Práxedes y de doña Nicasia, satisfecha ella, y su paternidad, por efecto de la costumbre, aprobando con el brazo cual si repartiese bendiciones entre los feligreses de los curatos que había servido y de los que,—el ilustrísimo arzobispo mediante,—prometiase servir en lo futuro, á la sala regresaron entrambos varones mientras doña Nicasia pugnaba porque “El Jarameño“ abriese su puerta:

—Soy yo, “Jarameño“, soy yo. Abra Ud!—gritábale,—que vengo á avisarle que pueden Uds. quedarse, como Ud. quería...

No le respondieron del cuarto obscuro y cerrado. Por la cerradura, á la que doña Nicasia pegó los ojos, nada alcanzaba á verse. Apenas si pudo escuchar rumor de besos compartidos, de recíprocas caricias, el imponente y triunfal himno de la Carne.

“El Jarameno” y Santa, al fin, otorgábanse el don regio de sus mutuos cuerpos, de sus mutuas juventudes y de sus mutuas bellezas. Oficiaban en el silencio y en la sombra, rompiendo el silencio con el eco difuso de los labios que encuentran otros labios ó que recorren toda una piel sedeña y dulce que se adora hace tiempo; desgarrando la sombra con la luz de sus encendidos deseos contrariados tantos días ¡cuando el vivir y el amar son tan cortos!... Y del amor que se desperdiciaba por los resquicios, se llenó, transfigurándose, “La Guipuzcoana” entera, como si invisibles manos compasivas la incensaran pausadamente, totalmente, y desterraran vulgaridades, envidias, codicias, cuanto de ordinario formaba su oxígeno respirable. No eran Santa y “El Jarameno” una meretriz y un torero agujoneados de torpe lubricidad que para desfogarla se esconden en un cuarto alquilado y ruín, nó, eran la eterna pareja que entonaba el sacrosanto y eterno dúo, eran el amor y la belleza. Oficiaban!...

Doña Nicasia se apartó respetuosa, cabizbaja, grave, como se aparta uno siempre de los lugares en que se celebran los misterios del nacimiento, del amor y de la muerte ¡los misterios augustos!

La noticia circuló entre los huéspedes de la sala, primero, y entre los ausentes á la hora del suceso, conforme llegaban á sus cuartos. Cundió que don Práxedes no se oponía; que Sordo daba su aprobación y que doña Nicasia estaba contentísima de la ocurrencia. Hubo un encogimiento de hombros universal ¿qué les podía importar

que hubiese una mujer de más en la casa? A lo sumo, alborozo por conocerla, idea vaga de que los prefiriera al amante, la grata é informulada inquietud que en los hombres origina, á cualquiera edad y en cualquier estado, hallarse próximos á una mujer bonita. Por desengaño de las miserias de nuestro linaje, Ripoll encogióse de hombros más que los otros al ser notificado del arribo de Santa por Gallegos, quien, mañana á mañana, de pantuflas y saco destrozado, instalábase en el cuarto del ingeniero á fumarse media docena de cigarrillos bien conversados:

—¿Qué opina Ud., profesor, de esta invasión de faldas?... A mi me alegra... es una real hembra, de *buten*, le digo á Ud. que es de *buten*...

No se entusiasmaba Ripoll, de narices sobre sus números. ¿Las mujeres?... peuhl iguales, todas iguales, por mucho que cada enamorado sostenga lo contrario y para su dama exija una excepcionalidad que es subjetiva, meramente subjetiva... mas en el fondo, todas cortadas por una sola tijera: las mismas mañas, las mismas falsías, los mismos defectazos irremediabiles de máquinas imperfectas cuyo molde se echó á perder hace años... Como no hay de otra marca y de ellas habemos menester para gozar, con ellas apechugamos prometiéndonos siquiera componer la que nos cupo en el reparto ó la que nos corresponde en la perenne arrebatina...

Reía Gallegos de filosofías semejantes ¡qué cuerno! si siendo imperfectas nos matamos por ellas y tras ellas andamos como chuchos rabiosos ¿qué sería si llegaran á la perfección? ¡el acabóse, ingeniero, el acabóse!

Luego, contó á Ripoll que los huéspedes habíanse conducido á sus despertares cual si "El Jarameño" y su chica fueran novios de veras, casados la vispera. Ni ruido hicieron en el desayuno, de puntillas se largaron á sus quehaceres, mirando de soslayo á la puerta cerrada:

—Vamos, hombre, que hasta la sirvienta se moderó al batir chocolates y lavar tazas... esto supera á los "Amantes de Teruel"...

No faltó ninguno á la comida que, según los reglamentos, sirvióse á la una de la tarde en punto. La única contravención á los tales consistió en que el mantel y las servilletas albeaban de limpios y que en el centro de la mesa figuraba un gran ramo de flores, de á duro lo menos, alegrando semblantes. Gallegos inició algunas alusiones picantes que inadvertidas se evaporaron, debido al severo mirar de doña Nicasia, á un carraspeo de Sordo y á un fruncimiento de cejas de don Práxedes. Antes que "los de Teruel" ingresó la sopera, destapada y olorosa.

—Hoy he guisado yo,—proclamó doña Nicasia,—hay sopa de ajos, huevos con tomate, bacalao y olla podrida...

—Y yo pago el vino!—gritó "El Jarameño" entrando radiante de la mano de Santa ruborizada, así, como suena, ruborizada y para sus adentros temerosa ¿se le averiguaría en la cara lo que había sido?...

Por dicha, la salva de aplausos que estalló á su llegada dióle confianza y ánimos; y cuenta que no solamente la aplaudían á ella, buena parte de los aplausos consagrábanlos á los platos

anunciados y al vino prometido, que Bruno introdujo en un canasto: dos docenas de botellas que tintineaban entrechocando, tinto español, legítimo, de la Rioja.

Sin dificultades ganó Santa en este primer encuentro; en sus redes de prostituta elegante, añadidas y á trechos rotas de tanto servir, cautivó aquel montón de aventureros y de horteras, Ripoll inclusive, á pesar de sus despectivas teorías contra el sexo. Isidoro, cautivado á su vez, examinábala sin embargo, procuraba recordar, ¿dónde he visto yo á esta muchacha?...

Pero llegó el domingo próximo, fecha de lidia, y la decoración cambió. Los individuos de la cuadrilla de "El Jarameño" que á diario visitaban al *maestro* y habituados á estos amasiatos de duración corta y emborrascada, guardando distancias, trataban á Santa como esposa temporal de quien los mandaba, desde el sábado á la noche notólos Santa con actitud diversa, sin sus carcajadas y cantos, sin su alegría de existir ruidosa y franca de los demás días. A lo mejor de su pláctica quedábanse taciturnos, sacudían la ceniza de los cigarros con meticulosidad pensativa y suspiraban muy por lo bajo, cual si maquinalmente probasen á engañarse á sí mismos ahogando sus suspiros, ó miraban al *maestro* fija y largamente, en mudo voto porque la ciencia de él los salvara á todos mañana, en la arena que tanto puede servirles de sepultura profana como de amplio pedestal de fama y renombre.

—Mucho juicio esta noche, y mañana, temprano, en el encierro *toos*, pa *diquelar* er sentío de *lor* bichos!—dijoles "El Jarameño" al despedirlos.

Y Santa vió claro que partían preocupados; que "El Jarameño", preocupado, regresaba al cuarto; que después cenaba con sobriedad, sin catar el vino ni estrecharla á ella, acostados ya, por lo que alarmada de lo inusitado del fenómeno, se lo reprochó, femenilmente.

—¿Ya no me quieres?...—le preguntó dentro de la tibia sombra del lecho, arrimándole el mórbido cuerpo, en un total ofrecimiento.

Estremecióse el matador; mas ante la vecindad del peligro, en las profundidades de su sér arrumbó las ansias de su temperamento de fuego, é igual que si implorara una merced grandísima, habló á su querida:

—No, no te quiero ya, te adoro ahora!... Mira, por un cabello tuyo daría mi vida; por toda tú, la vida de mi pueblo, y porque no me engañaras nunca, todos los imperios y reinos de la tierra ¡y cuidado si hay imperios y reinos!... Si no te abrazo, y no te beso y no te como á muchos bocados para saborearte á mis anchas, más padezco yo que tú ¡te lo juro por estas cruces! (*enclavijando las manos aunque no se veía gota*) pero si mañana salgo vivo de la corrida ¡pobrecita de mi alma! te voy á devorar... No es que la lidia me acobarde, nó ¡si me vieras estoqueando! se me pone el pulso más firme y más quietecito que cuando duermo ¡por mi salud!... Es que si se descompasa uno la vispera de torear, --será gitanería, concedido, --¡ay hija! se corre el riesgo de torear por última vez, y ya ves tú si queriéndote lo que te quiero me haría gracia que un bicho me ultimara mañana ¡corriendito!... Por eso no me toques ni me tientes ¡por la marecita que te

echó á penar en el mundo! pues si me tocas no respondo; llamas me corretean por las venas y mi alma y mi vida á tí se me van, y yo detracito de ellas... (*Pausa.*) Si te abrazo me ardo; si te beso *paece* que pierdo el juicio... me moriría encima de tu pecho sin sentir nada, nada más que ganas, remuchísimas ganas de continuar contigo después de muerto, enterrado en tu seno hasta que el mundo se concluyese ¡qué sé yo! años y años, lo que duraran sumadas tu vida y la mía, y la de nuestros hijos, y la de los hijos de nuestros hijos... ¡Mi Santa!... ¡Mi Santa de mi alma!...

Contra su costumbre no tomó "El Jarameño", al día siguiente, su café en la cama. De las manos de Bruno recibió la bandeja y en persona sirvióselo á Santa, ya penetrada de la gravedad de los sucesos y que de mal talante lo apuró, echada sobre las almohadas; su anca soberbia señalándose á modo de montaña principal, bajo las ropas rugosas, del resto del cuerpo extendido: en lo alto la cabeza; las negras crenchas rebeldes, cayendo por sábanas y espaldas, como encrespada catarata; en seguida, un hombro, redondo, como montaña menos alta; luego el anca, enhiesta y convexa, formando grutas enanas con los pliegues que hacía la colcha de bombasí, levantada por dentro; después, la ondulación decreciente de los muslós que se adivinaban, de las rodillas en leve combadura; por final, la cordillera humana y deliciosa, perdiéndose allá, en los pies que se hundían, de perfil, en los colchones blandos, y que dibujaban angostas cañadas, microscópicas serranías blancas con las arrugas de la ropa, veredas que se entrecruzaban, sende-